

que, según ellas, la favorece: es decir, la próxima instalación sobre el suelo europeo de misiles americanos Pershing. La mayor parte de los manifestantes son jóvenes, no violentos si pueden, y por todos conceptos simpáticos.

Con todo, es una historia extraña. En 1977, la Unión Soviética inició el despliegue sobre su suelo de misiles SS20. Ese despliegue constituía un cambio cualitativo. El misil SS20, menos vulnerable y más preciso que el que lo había precedido, amenazaba directamente los objetivos militares europeos; estaba destinado a "alcances limitados", por lo tanto extremadamente confiables. En ningún momento aquellos que se convertirían en los pacifistas de hoy se sintieron inquietos. No hubo ni manifiesto de intelectuales alemanes ni manifestación. Sólo a partir de diciembre de 1979, es decir: en el momento en que los occidentales decidieron en Bruselas oponer a los misiles Soviéticos SS20, ya instalados, un proyecto de despliegue en 1983 de misiles Pershing, ciertas poblaciones comenzaron a tener miedo. Dicho de otro modo, esos que se llaman pacifistas se sintieron menos amenazados por la *realidad* de los misiles soviéticos que por el *proyecto* de instalación de los misiles americanos. Como si, implícitamente en todo caso, hubieran aceptado una suerte de protección soviética.

Sin duda, como lo dice más adelante el novelista alemán Gunther Grass, es injurioso sostener que esos pacifistas muestran cualquier complacencia al considerar al régimen soviético. Puede incluso decirse que es el miedo que les inspira la URSS lo que los incita a imaginar más concretamente un conflicto suscitado por respuestas brutales a las torpezas de Occidente. Es importante conocer ese punto de vista hoy compartido, lo lamentemos o no, por millones de europeos. Es necesario conocerlo bien si queremos darle la vuelta.

Pero no es menos evidente que los soviéticos mismos han contado mucho para los pacifistas. Movilizando a sus aliados, a sus compañeros de ruta, a sus Movimientos por la Paz, han conseguido muchos resultados adormecedores. En noviembre de 1981, Leonid Brezhnev era recibido en Bonn por multitudes que le daban la bienvenida abucheando a los Estados Unidos y los partidarios de la instalación

de los misiles Pershing. A comienzos de 1983, dentro de la Internacional Socialista, muchos jefes de gobierno, entre ellos el sueco Olof Palme, pidieron la suspensión del proyecto de instalación de los misiles americanos. Al mismo tiempo, los soviéticos modulaban su actitud según los acontecimientos. Cuando el movimiento pacifista parecía sofocarse, hacían gestos de buena voluntad. La última proposición de reducción de las reservas de armamentos de Yuri Andropov coincide con cierta lasitud provisional del pacifismo. Pero su más prodigiosa habilidad ha consistido en aprovechar el asunto del Boeing sudcoreano para voltearlo contra los Estados Unidos. Ese drama mostraba bien que en todos momentos podemos correr el riesgo de un accidente nuclear por carambola.

En todo caso, el debate sobre el pacifismo no puede eludirse por más tiempo. Divide a mucha gente de buena fe y de buena voluntad. Pero tiene que ser iluminado, alimentado, expuesto para hacer emerger ciertas evidencias irritantes y muy ocultadas. Con ese espíritu hemos entrevistado a Günther Grass, con quien mi desacuerdo personal es completo, pero que tiene el mérito de haberme hecho comprender la inquietante especificidad germánica del pacifismo.

Traducción de Aurelio Assan

Por qué Rechazamos los Pershing

Günther Grass

En caso de guerra en Europa, el número de muertos sería demasiado elevado para permitir sepulturas individuales. Habría que excavar fosas comunes. Eso se aprende. La 26a. compañía de logística del quinto cuerpo americano en Alemania centró sus maniobras en este tema, justo antes de las grandes manifestaciones de octubre del Movimiento por la Paz. Por supuesto, los dirigentes de este movimiento aprovecharon esta medida de pata macabra de la burocracia militar, dentro del marco de su cam-

paña contra la instalación de los misiles Pershing americanos en el territorio alemán. El punto clave de esta movilización debe situarse el 22 de octubre, después de una semana de acción que culminará con manifestaciones masivas en varias ciudades grandes. En el verano pasado, muchos grupos se entrenaron en las técnicas de la no violencia y de la resistencia pasiva en "campos de la paz". Se habló mucho de Gandhi y de Martín Luther King.

La próxima semana, unos niños transformarán el patio de su escuela en zona desnuclearizada, plantearán árboles de la paz y escribirán cartas al canciller; pastores y sacerdotes rezarán por la paz, los sindicatos organizarán una jornada de resistencia en las empresas, una cadena humana se formará alrededor del barrio gubernamental de Bonn, el ministerio de la Defensa estará bloqueado por grupos pacíficos. Todo con temor a un desvío, a una provocación o a iniciativas irresponsables, individuales o de grupúsculos.

Hay movimientos por la paz en Gran Bretaña, en los países escandinavos y, sobre todo, en los Estados Unidos. Pero el de los alemanes, por razones geográficas, históricas y nacionales, no se parece a ninguno. El escritor Günther Grass, uno de los militantes más activos de este movimiento, expuso a Gérard Sandoz sus argumentos. ¿Le fueron inspirados por las buenas hadas de la prudencia o por las sirenas del derrotismo? Incluimos su alegato en el *dossier* del debate que dominará los últimos meses de 1983 y, por supuesto, daremos la palabra a aquellos que —como el gobierno francés— consideran los Pershing como indispensables para la seguridad de Europa.

Le Nouvel Observateur — La instalación de los Pershing en Alemania tiene como meta restablecer un equilibrio estratégico entre el Este y el Oeste en Europa, después de la instalación de los SS 20 soviéticos. ¿Por qué participa usted en las manifestaciones dirigidas contra el despliegue de los Pershing?

Günther Grass — Según yo, la política del equilibrio y la de la discusión ya no tienen sentido. Ya no ofrecen ninguna seguridad. En la medida en que unos y otros, los americanos y los soviéticos, inventan constantemente nuevos sistemas de armas, no

crean mayor seguridad sino que, al contrario, aumentan los riesgos de un conflicto.

Instalados en territorio alemán, los Pershing se demorarían seis o siete minutos para alcanzar los alrededores de Moscú. La destrucción del avión civil coreano por los aviones de caza soviéticos dio un terrible ejemplo de lo que puede producirse cuando la máquina militar escapa del control. Si estoy en contra del despliegue de los Pershing es porque deseo que prosigan las negociaciones, porque aún no se exploraron todas las posibilidades de compromiso, ni del lado soviético ni del lado americano. Y no sé, por ejemplo, si los Estados Unidos desean verdaderamente que esas negociaciones desemboquen en algo.

N.O. — Parece que teme más la política americana que la de la Unión Soviética.

G. Grass — Cada vez más se escuchan en los Estados Unidos concepciones según las cuales una guerra nuclear limitada podría ser llevada a cabo y ganada en Europa. Cada semana, el presidente de los Estados Unidos anuncia nuevos programas de armamento, programas que implican ahora la utilización del espacio con fines militares y el recurso a armas biológicas. Aquí, en territorio de la República Federal, se instalaron inmensas reservas de armas biológicas y químicas. Además, acumularon en nuestro país seis mil misiles atómicos. Se trata de la mayor concentración de armas nucleares en el mundo.

N.O. — ¿Y Moscú se limita a contemplar ese espectáculo?

G. Grass — No soy tan ingenuo para negar que la Unión Soviética acumuló, por su lado, reservas extraordinarias de armas de todo tipo. Las informaciones dadas por los propios soviéticos acerca del número de SS 20 son bastante terroríficas. Pero Moscú hizo ofertas —por cierto insuficientes— de disminuir sensiblemente este potencial y, hasta hace poco, los americanos no han hecho, a mi gusto, una contraproposición satisfactoria.

N.O. — Al ver la manera en que la Unión Soviética, en su estrategia con respecto a los Estados Unidos, se apoya en el movimiento pacifista y en la socialdemocracia de la cual usted forma parte, ¿no le parece que le están haciendo el juego a Moscú?

G. Grass — En absoluto. Es neces-

sario que exista un movimiento pacifista, aquí, entre nosotros y en el Este.

N.O. — Los sistemas totalitarios no admiten para nada la existencia de un movimiento pacifista independiente...

G. Grass — ¿Quiere que tomemos como modelo el sistema cerrado y corrompido de la Unión Soviética y de sus satélites? Gracias a Dios, nosotros vivimos en un sistema que admite en su constitución la protesta contra el sobrearmamento. Y el hecho de que en la Unión Soviética o en la Alemania comunista no sea posible crear un movimiento pacifista semejante al que existe en Occidente tampoco constituye un argumento en contra del movimiento pacifista sino en contra del sistema soviético.

N.O. — Sin embargo, la existencia de este movimiento en Occidente y su ausencia en el Este constituyen una gran ventaja para la Unión Soviética.

G. Grass — Hay que repetirlo por enésima vez: como la casi totalidad de mis amigos que integran el movimiento pacifista, condeno al comunismo tal y como está practicado en la Unión Soviética y en sus satélites. Mis argumentos contra este socialismo pervertido son más precisos y más intransigentes que todos los de los conservadores. Pero esto no me impide ver que la política de las superpotencias puede poner a la humanidad en un peligro mortal. De ahí me pregunto: ¿de qué manera puede crearse un verdadero sistema de seguridad? Personalmente, me convence mucho la proposición de Olof Palme de crear en Europa central una zona donde estaría prohibido instalar armas atómicas. En vez de clamar inmediatamente que eso les conveniría a los soviéticos, habría que examinarla seriamente. A fuerza de temer coincidir con la Unión Soviética, se acaba por no discutir algunas posibilidades que quizá podrían brindarnos mayor seguridad que la locura actual.

N.O. — Parece que el temor a la Unión Soviética desempeña un papel importante en el proceder de los pacifistas. Pero, ¿el temor es buen consejero en materia de política exterior?

G. Grass — Por supuesto que no, pero el movimiento pacifista es, en el fondo, una tentativa de contrarrestar una política fundada en el miedo. Algunas nociones de seguridad llevadas hasta el absurdo son ellas mismas un

producto del miedo. Por ambos lados: la URSS tiembla de miedo; cree que está cercada de manera permanente, y en parte lo está de verdad. Si me encontrara cara a cara con un presidente americano que estimara que los Estados Unidos representan el bien absoluto y la Unión Soviética el mal absoluto, yo también tendría miedo.

N.O. — ¿Cercada la URSS? ¿Una potencia que puso un pie en otros continentes, que conquistó posiciones en África, que invadió Afganistán, que, según toda evidencia, tiene miras expansionistas y las realiza? Además: allí donde dominan los Estados Unidos quedan espacios de libertad, siguen siendo posibles las modificaciones. Allí donde interviene la Unión Soviética, la libertad parece ahogarse definitivamente...

G. Grass — Seamos absolutamente claros. Tengo demasiados amigos en los Estados Unidos para que puedan tacharme de antiamericano. Con esos amigos, sostengo que las actividades de los Estados Unidos, en su esfera de influencia, son peores que las de la Unión Soviética. No en cuanto a los hechos: Afganistán es un asunto terrible. Pero, ¿qué más se puede esperar de una dictadura, de un sistema cerrado fundado en la violencia? En cambio, otra cosa podría esperarse de un país como los Estados Unidos que se atreve a hablar en nombre de la libertad pero que, en realidad, abandonó sus propios ideales. ¿Acaso es un consuelo para Chile que exista en los Estados Unidos una constitución democrática de la cual se beneficia la mayoría de los ciudadanos?

N.O. — En los Estados Unidos, fue posible desencadenar un amplio movimiento popular en contra de la guerra de Vietnam. Cuba pudo hacer una revolución en la esfera de influencia americana. Lo mismo Nicaragua. En cambio, en la Unión Soviética...

G. Grass — Hubo el ejemplo de Yugoslavia. La política americana fue la que empujó a los cubanos en brazos de la Unión Soviética. Lo mismo vale para Nicaragua, donde me quede algún tiempo. Allí, ni un solo revolucionario, incluyendo a la dirección sandinista, es un partidario irreductible de la Unión Soviética, ni siquiera de Cuba. Quieren seguir su propio camino.

N.O. — ¿No estaría preconizando, junto con sus amigos y frente a la URSS, esta misma política de apaci-

guamiento que les fue fatal a las democracias cuando la practicaron para responder a las empresas de Hitler?

G. Grass — Esas comparaciones no valen. Lo único que se es que la disuasión atómica ya no garantiza ninguna seguridad. No soy un pacifista sino un partidario de la defensa. Estoy por el reforzamiento de la defensa convencional. Por tanto, nada de debilidad, nada de apaciguamiento sino la voluntad de quitar a los militares la posibilidad de determinar el camino político. Hay que volver a conceptos políticos. Ya sería un gran progreso si se tomara en consideración la necesidad de seguridad de los demás. Una discusión con la Unión Soviética es imposible fuera de esta perspectiva.

N.O. — ¿Sería partidario de un desarme nuclear unilateral por parte de los países occidentales?

G. Grass — Sí. Pero desarmar unilateralmente, eso significa dar un primer paso y ver lo que hacen los demás. Si no pasa nada, hay que ponerse a reflexionar. Pero no lo olvide: la economía soviética está atravesando un muy mal momento. Los gastos militares le pesan demasiado, hasta el punto de ahogarla. Por otra parte, el régimen soviético está ideológicamente muerto. Ya no tiene nada que ofrecer. Las reacciones del tercer mundo con respecto a Moscú demuestran que este sistema de socialismo pervertido ya no ejerce ningún atractivo.

N.O. — Pero, con el desarme unilateral, ¿no nos encaminaríamos hacia la finlandización?

G. Grass — En lugar de utilizar términos peyorativos como "finlandización", sería mejor ver más de cerca lo que es Finlandia. Y examinar el caso de Austria. Demostró que es posible ser neutro y firme en sus principios.

N.O. — ¿Sería partidario de una Alemania neutra?

G. Grass — No, debemos quedarnos en la Alianza Atlántica pero defendiendo intereses alemanes. La política americana, la de los Pershing, arriesga destruir lo que hemos hecho durante quince años en materia de apaciguamiento y de mejora de las relaciones entre los dos Estados alemanes. La consecuencia de la instalación de los Pershing sería el despliegue de armas similares en los países satélites de la Unión Soviética, así como la posibilidad de dar lugar a la guerra atómica en un lapso de seis

minutos. Habría nuevos "objetivos" por proteger, nuevos cordones de seguridad por establecer, como en el caso de las plantas atómicas. Paulatinamente, la República Federal se transformaría en una sociedad vigilada y cerrada, según el modelo de Orwell descrito en "1984". Nuestro ministro del Interior, Friedrich Zimmermann ya empieza a preconizarla. El perfeccionismo alemán haría el resto...

N.O. — De cualquier modo, su discurso es esencialmente antiamericano y el movimiento pacifista no protesta mucho contra la Unión Soviética...

G. Grass — Esto es falso. Cuando nosotros, los escritores de Alemania Federal, discutimos hace poco con los escritores del Este, criticamos la política soviética de manera implacable. Tampoco se olvide que muchos pacifistas de la Alemania comunista protestan a la vez contra la política de los Estados Unidos y contra la de la Unión Soviética.

N.O. — Pretende defender "intereses alemanes". ¿Se considera como un patriota alemán?

G. Grass — Sin duda alguna, soy un patriota alemán. Los alemanes se deben a sí mismo y a sus vecinos el haberse definido claramente, incluso en tanto que nación. En nuestra historia, hemos tolerado que la derecha se apropie del patriotismo y ya vieron lo que resultó. La izquierda tuvo la culpa de dejarle el monopolio.

N.O. — ¿Qué piensa el patriota Günther Grass del discurso de François Mitterand ante el parlamento federal acerca de la instalación de los Pershing en Alemania?

G. Grass — Su posición no es la de un socialista sino la de un hombre que piensa en términos estrictamente nacionales. Para nada tomó en cuenta los problemas de sus vecinos.

N.O. — Socialistas como Bettino Craxi, Mario Soares y Felipe González defienden la misma posición que Mitterand sobre este punto. ¿Nacionalistas también?

G. Grass — No en la misma medida. Ellos, al menos, no tuvieron la necesidad de ir ante el parlamento federal para marcar su diferencia con la socialdemocracia. A veces, tengo la impresión de que en Francia se alimenta la ilusión de que la seguridad sólo atañe a sus fronteras y que se puede utilizar a la República Federal como

una especie de tapón, suponiendo que en caso de guerra el vecino sería el más afectado.

N.O. — La mayoría de los intelectuales franceses rechazan sus concepciones. Consideran que el movimiento pacifista y la socialdemocracia no analizaron profundamente el fenómeno del totalitarismo soviético, lo cual les pone a ustedes en una posición ambigua con respecto a Moscú.

G. Grass — Pienso que la actitud de los intelectuales de quienes habla se explica por el hecho de que durante todo un periodo histórico se consideraron como los representantes únicos de la izquierda. Para ellos, la socialdemocracia alemana representaría "la derecha de la izquierda". Ahora descubren que los socialistas que tienen responsabilidades gubernamentales están obligados a aceptar compromisos.

N.O. — Me refiero más bien a su actitud fundamental con respecto al comunismo.

G. Grass — Supongo que se trata de una especie de proceso de emancipación. En los años de la posguerra, tuvieron que tratar con Sartre, el Dios-padre. Había llegado el momento de rebelarse contra él y cayeron de un extremo al otro. En el plano intelectual, no encuentro nada existente en todo eso. Porque, ¿qué cosa se puso en lugar de ello? Un anticomunismo fundado en conceptos pseudo-filosóficos que no hacen progresar nuestros conocimientos. Lo que necesitamos no es el anticomunismo sino una hostilidad firme con respecto a todos los regímenes totalitarios, incluyendo al soviético. Lo cual es bastante distinto.

N.O. — Los intelectuales franceses que usted juzga con tanta severidad consideran que el totalitarismo soviético representa el mayor peligro para la democracia y los derechos humanos.

G. Grass — ¿Hay algo original en este pensamiento? Son las mismas ideas que el canciller Adenauer había expresado en los años cincuenta. Eso nos condujo a la guerra fría. Fingen ignorar que la Unión Soviética contribuyó a liberar a Francia y que perdió a veinte millones de hombres a consecuencia del ataque hitleriano. Soy un feroz adversario del socialismo corrompido pero de allí a construir la imagen de "una potencia del mal" co-

mo lo hace Reagan, a quien imitan algunos intelectuales franceses...

N.O. — Pero, ¿el imperialismo americano le preocupa más que el totalitarismo soviético?

G. Grass — Para nada. En Alemania tenemos una amplia gama de intelectuales extraordinariamente vigilantes y muy preocupados por conservar los derechos democráticos que nos dieron después de la guerra y que no existen en la otra Alemania. Pero cuando el canciller Kohl nos anuncia un "viraje intelectual", término que quizá le guste a algunos intelectuales franceses, sabemos de qué se trata: es un retroceso hacia la intolerancia.

N.O. — Lo que llama la atención, en Alemania, es el compromiso activo de las Iglesias en el movimiento pacifista.

G. Grass — Porque se trata de una cuestión existencial. Porque a la destrucción del medio ambiente, de la naturaleza y a nuestra contribución al paulatino empobrecimiento del tercer mundo, se añade ahora la amenaza nuclear. Las Iglesias tomaron conciencia de ello. Particularmente en nuestro país, porque las Iglesias, salvo algunas excepciones, no combatieron de frente al régimen hitleriano. Se quedaron con un fuerte sentimiento de culpa. Ahora son muy, muy vigilantes.

N.O. — ¿Aprueba el eslogan "Antes rojo que muerto"?

G. Grass — Es tan estúpido como decir "Antes muerto que rojo". Soy un partidario de la defensa contra las agresiones. Lo cual no me impide ver que una guerra atómica no dejaría nada: ni siquiera la oportunidad de devolver su libertad a un mundo que la habría perdido.

Le Nouvel Observateur, no. 988, 14/20 octubre 1983. (Publicado por convenio.)

Traducción de Fabienne Brada

Los Tambores del pacifismo

Jacques Julliard

La voluntad de reconciliación entre los alemanes y nosotros debe ser muy fuerte para que resistamos a la estupefacción que nos inspiramos mutuamente. Cuando leo bajo la pluma del gran novelista alemán Günther Grass, ahora mascarón de proa del pacifismo alemán, que la URSS tiembla por miedo al cerco, me limito a sonreír: un Estado tan temeroso sólo dormirá tranquilo cuando sus fronteras occidentales y orientales se hayan reunido.

Cuando afirma que la denuncia del totalitarismo, sospechando que Adenauer la hubiera practicado, "nos condujo a la guerra fría", me sobresalto: pensaba que Stalin había tenido su parte en ello. Cuando teme que la instalación de los Pershing tenga como consecuencia el "despliegue de armas similares en los países satélites de la Unión Soviética", me da coque: ocho días después de esas declaraciones, los soviéticos nos hicieron saber, por boca del general Chervov, que ya habían realizado ese despliegue. Pero cuando Günther Grass se pronuncia a favor del desarme nuclear unilateral de los países occidentales y añade: "Desarmar unilateralmente, eso significa dar un primer paso y ver lo que hacen los demás. Si no pasa nada, hay que ponerse a reflexionar" (sic), me da escalofrío. ¿Qué tal, Sr. Grass, si por casualidad "algo" pasara?

El aguafiestas

Pasemos. Sin duda, las posiciones del autor del "Tambor" valen más en sí mismas que por la manera en que las defiende. Nadie puede olvidar que el muro atraviesa Alemania y que, si los rusos están "a una etapa de la Vuelta de Francia" para los franceses (De Gaulle), en cambio, están a un paso de los alemanes. Estos tienen el sentimiento de ser el escenario de operaciones nucleares y, en todos los casos, de ser una figura estratégica. Además, los vencidos de 1945 siguen en un estado de inferioridad política. Les está prohibido armarse contra el ene-

migo. De ahí, para ellos, la obligación de entenderse con la potencia dominante en Europa. La Ostpolitik alemana no tiene nada que ver con la de De Gaulle: él se acercaba a los soviéticos porque eran, en ese entonces, los más débiles. Los alemanes los tratan con miramientos porque ya son los más fuertes. Por ello, los alemanes pasaron insensiblemente de la seguridad del paraguas nuclear americano a las ventajas económicas y humanas de la apertura hacia el Este. Ahora consideran al gran aliado como a un aguafiestas. En fin, la ola pacifista que invadió la Europa anglosajona —y mañana quizá a más países— es un hecho político de suma importancia que hay que mirar de frente: al pacifismo café inspirado por Moscú, al pacifismo azul inspirado por el ideal, se añade ahora un pacifismo de masas inspirado por el miedo.

No es a pesar de Afganistán y de Polonia como el pacifismo ganó a Europa sino precisamente a causa de Afganistán y de Polonia. Por otra parte, los pacifistas —y Günther Grass en la entrevista que le hizo Gérard Sandoz— no dejaron de citar la destrucción del avión coreano para apoyar su rechazo a los Pershing: lógica tanto más irrefutable cuanto que escapa de toda racionalidad política.

Los pacifistas de todo tipo disponen de una reserva inagotable de argumentos para responder dejando de lado la pregunta planteada. Por ejemplo, subrayan que las armas nucleares, a causa de la unidad de decisión que implican, son incompatibles con la democracia. Es cierto: no se presiona el botón atendiendo a la representación proporcional. Añaden que el despliegue de los Pershing no permite en sí liberar a Polonia y a Checoslovaquia. Lo más probable es que tengan razón. Por mi parte, añadiría que es bastante incómodo hacer cuajar una mayonesa con agujas de tejer. Günther Grass llega a afirmar que la represión del movimiento pacifista en los países del Este no constituye un argumento en contra del pacifismo sino en contra de los países del Este. Desconcertante, ¿no es así? Pero nunca contestan esta pregunta: ¿por qué la URSS renunciaría, por primera vez desde su creación, a sacar provecho de un debilitamiento del mundo occidental para poder así extender su imperio?

